

EL CENTINELA

Está siempre sentado delante de su tienda de comestibles. No importa si hace frío, calor o si la lluvia bate incesantemente sobre su cabeza. Está allí inmóvil como si fuera una estatua de mármol de las muchas que adornan los monumentos de la antigüedad. Me lo imagino vestido de pana con un casco calzado hasta las cejas y un fusil terciado, pero solo lleva en su mano derecha un móvil que mira constantemente y usa unos *jeans* modernos. ¿Qué es lo que está vigilando en realidad este desconocido? A lo mejor perfila a los transeúntes del barrio: marujas en batas desteñidas, jóvenes en bambas mascando chicle o eventuales peatones sin rumbo alguno. A veces lo he visto saludar levantando su cabeza de la pantalla, y lo cierto es que muchos le piden cosas de todo tipo, desde consejos acerca de productos de limpieza hasta licores raros, tornillos de rosca gorda, bombillas, mosquiteras... Él dirige el tráfico dentro del bazar sin mover ni un pelo desde su puesto privilegiado y se sabe de memoria pasillos, estanterías y rincones donde expone sus productos, que diría yo, controla a distancia. Llamémoslo Juan, por ser un nombre bastante común en España; aún creo que se llame Alí o Mustafá por el color ámbar de su piel. Va siempre vestido a la europea, con chanclas y bermudas caquis en verano y conjunto de chaqueta y pantalones vaqueros en los meses más fríos, mientras su mujer luce una vestimenta larga y colorida que hace difícil disimular su origen forastero. Ella está en la caja y tiene una excelente capacidad para sumar y restar con extrema rapidez, al contrario de él que nunca se mueve de su posición estática y casi etérea, ni cuando la mujer le pregunta algo desde dentro del colmado; ciñe un poco sus cejas, gira la cabeza unos centímetros y le grita algo incomprensible para que ella se las apañe por su cuenta.

No se levanta nunca de su asiento. ¿Acaso es de plástico? ¿Un autómat a pilas de larga duración? Hace tiempo que lo observo y nunca lo he visto hacer un movimiento más complejo que no sean los cortos giros de cabeza que hace rotar sobre su cuello rígido. De vez en cuando cruza una pierna doblándola encima de la otra sin tampoco

estirlarla, como si la naturaleza lo hubiese dotado de piernas en forma de «V» y no rectas. Por esta razón —pienso— es un «centinela sentado» y no de pie como todos los otros. Está apoyado en el cristal del escaparate sin moverse de su mísera silla de plástico blanco enganchada a su trasero que muy probablemente ya tendrá la forma redondeada del asiento. Es la misma posición desde que lo observo vigilar. Me intimida un poco su presencia anómala a escasos metros del lado izquierdo de mi oficina. Cada día veo a este hombre o, mejor dicho, veo su pie colgando de la única pierna que sobresale en mi visual o sea el marco de su colmado que se ha convertido también en un cuadro imaginario de su propia estampa, ¡por así decir enmarcada! Ese pie colgando al entrar o al salir de la oficina es mi pesadilla, y ya hace parte del paisaje del barrio donde muy probablemente su tienda aparecerá en Google Maps como «colmado del pie colgado».

Una mañana me acerco al local y no lo veo. La causa de mi obsesión había desaparecido, se había esfumado sin dejar ni una nota o una simple chancla en su lugar. Nada. Ni rastro de Juan ni de sus piernas en «V». Aquel preciso día había dado unas vueltas inimaginables por las calles contiguas para no pasar por delante de él con una pesada caja de cartón en los brazos. Me molestaba profunda e inexplicablemente su mirada inquisitoria y al mismo tiempo disimulada. Hacía siempre como si no lo viese, apresurándome a abrir o cerrar la puerta del estudio. Si tenía sed, me aguantaba para no ir a comprar una botella de agua fría en su colmado. Me parecía antipático, aunque no lo conociera. Lo imaginaba chismorrear y cotillear de manera furtiva con los vecinos, las amas de casa y todos los gandules de la barriada entera. Odiaba pensar en sus posibles comentarios y hasta llegué a considerar que fuera una exespía de la KGB haciendo negocios, de los más oscuros entre sus cuatro paredes repletas de botes, potingues, *samosas* y escobillas.

Aquel preciso día, llego sin aliento a la esquina de la calle, jadeante y empapada de sudor, pero contenta de haber dado tanta vuelta para evitar su mirada inquisitoria, y...

¿Qué descubro?, que él no está en su habitual posición estática y estatuaria. ¿Se habrá muerto? ¿Su mujer lo habrá matado en un arrebato de rabia por haber sido su esclava durante una vida entera? ¿Se habrá suicidado por síndrome de aburrimiento o por extrema monotonía? No. Al mirar mejor, había simple y llanamente movido su silla de sitio, esta vez apoyándola al tronco de un árbol, y ahora sí que podía escanear todos mis movimientos a la perfección porque dominaba desde aquel nuevo ángulo la puerta de mi oficina. La posición elegida me molestaba aún más y notaba sus ojos redondos en continuo movimiento pegados a mi espalda como si fueran los de un camaleón asqueroso y viscoso. No era libre de entrar y salir cuando me daba la gana, cargada o no con la caja de cartón, enfadada, sonriente o decepcionada por el transcurrir de mi día a día. En pocas palabras, me sentía observada, vigilada, espiada y sobre todo me faltaba aire a causa de la mirada penetrante de aquel hombre misterioso. Seguramente era un espía secreto al servicio de la comunidad de vecinos que le pagaban un sueldo extra por reportar detalladamente cada uno de mis desplazamientos, que él registraba en su cabeza de rizos oscuros o... ¿Acaso eran antenas? A lo mejor el móvil era su herramienta de trabajo con la cual se comunicaba constantemente con sus superiores para controlarme. Estaba más que segura de esto. Sus mandos tenían que ser los del principal, puerta derecha. Aquellos con la bandera colgada fuera del balcón. Me daban cierta alergia con solo verlos de lejos cuando se saludaban los tres: el moro rizado y la pareja de vecinos locales, sospechosos de complicidad internacional.

Aquel preciso día, dejo en el asfalto la pesada caja de cartón que llevo y descanso un poco, antes de enfrentarme a la nueva ubicación del extraño. Me propongo esquivarlo aplastándome contra las paredes de los edificios recorriendo a tientas los últimos metros que me separan de la intimidad del local. Estudio el recorrido más corto, me tapo disimuladamente la cara con el cartón, me apresuro a buscar las llaves en el bolsillo y me acerco a la puerta de puntillas como una sombra ligera y anónima, esperando pasar

desapercibida. Estoy por poner la llave dentro de la cerradura y siento su presencia justo detrás de mí, mientras pronuncia en perfecto castellano cinco palabras, un artículo y dos pausas: «¿Necesitas ayuda, guapa, con la caja?». Juan se había levantado de la silla de plástico blanco para acercarse y preguntarme esto, demostrando, con una amabilidad inesperada, que sus piernas en realidad podían moverse normalmente. Se me hieló la sangre y como si fuera una ladrona cogida en el acto lo miro boquiabierto sin soltar ni la caja, ni la llave; abro, entro y le cierro la puerta en los morros con un ¡no!, estampado en la cara. Instantáneamente la caja se había convertido en un contenedor de ficheros secretos con una contabilidad misteriosa que tenía que esconder de inmediato de su mirada sospechosa, y en mi cabeza la oficina ya era la sede de una sociedad anónima que nadie podía violar por ser de alta seguridad internacional. Tenía que preservar los documentos de las garras del enemigo y de sus antenas inquisitorias e inquietantes. ¿Por qué tanto y tal esfuerzo de dejar su puesto si no era para chismorrear en mis asuntos personales? ¿Cuánto les cobraré a los vecinos por estar sentado, mirando mis movimientos? ¿Podrá descubrir mis conversaciones más íntimas y reservadas conectándose a la red de los del principal/segunda? El código binario 00.11.01.10 de cualquier ordenador se convierte en mi cabeza en la contraseña de una imaginaria cámara acorazada dónde esconder los papeles, los documentos secretos, los ficheros de la pesada caja de cartón que dejó caer al suelo desparramando los folios por todos lados.

La puerta ha quedado cerrada a mis espaldas y estoy apoyada en el cristal, ansiando y maquinando ideas oscuras acerca de este pobre diablo que solo me había ofrecido su ayuda. Me arrepiento un poco y abro una fisura de la cristalera para espiar a su vez al centinela que seguía mirando la pantalla de su móvil como si nada hubiera ocurrido; su pie se movía rítmicamente al sonido de una musiquita pegadiza y el árbol estaba colocado donde siempre. Cierro la puerta disimuladamente y recojo los papeles de la contabilidad del suelo y de nuevo abro.

Esta vez la mirada de ambos se cruza, yo a un lado de un puente imaginario y él del otro, unidos los dos por un hilo invisible hecho de desconfianza, timidez o simple cautela. Casi me atraganto y no sé si esconderme, cerrar la puerta o recorrer de una vez el puente inmaterial, mientras él levanta su mano derecha en señal de amistad, a lo mejor para demostrarme que era un hombre indefenso, sin escopeta, sin casco ni malas intenciones. Su enemigo invisible solo era el insoportable calor de las neveras de su tienda, convertida en un lugar inhóspito que lo obligaba a buscar una simple bocanada de aire fresco en el exterior del «colmado del pie colgado». Nunca me he sentido tan estúpida, racista y maleducada como aquel día de la caja de cartón llena de facturas y no de ficheros secretos. Mustafá Alí existe de verdad y es la persona más atenta que nunca haya conocido. Ahora cuando le paso por delante lo saludo y a veces hasta le pido consejos de limpieza y algunas recetas de su País, como la masa fina de las extraordinarias *samosas* que su mujer fríe y luego vende. Si no me equivoco, segunda estantería a mano derecha entrando.